

El Fantasma y su desastre.

Felipe II y la Armada Invencible en la percepción de Gilberto Aceves Navarro

Luis Ignacio Sáinz

El Humor y el sarcasmo recorren el archipiélago plástico de Gilberto Aceves Navarro (ciudad de México, 1931) en la entrega dedicada a Felipe II (Valladolid, 1527-El Escorial, 1598) y la Armada Invencible. Itinerario del desastre que ocupa la atención del más actual de los pintores mexicanos de su generación;¹ quien de todo se ha hastiado menos de renovar su abecedario visual. A sus setenta años ofrece una nueva serie nucleada alrededor de un personaje, el hijo de Carlos I de España y V de Alemania y de Isabel de Portugal, y de una anécdota, la aniquilación de la flota comandada por el duque de Medina Sidonia, por la violencia de una tempestad y la feroz embestida del pirata inglés Francis Drake.

De tan lamentable acontecimiento (1588) surge el cuadro *Señor, la armada se hundió*. El lienzo despliega —o permite que se manifieste— la naturaleza del artista: un inoportuno “pícaro” que se solaza en la poca ventura del austero contrarreformista que contrajese nupcias con María de Portugal (1543-1545), María Tudor (1554-1558), Isabel de Valois (1559-1568) y Ana de Austria (1570-1580). La reacción del hierático monarca, calificado como rey prudente, se limitó a expresar con un dejo somnoliento: “Yo he enviado a mis naves a luchar contra hombres, y no contra los elementos”.

La serie comunica con eficacia los oscuros recovecos de la vida y la obra del malhadado gobernante; en un festín de planos superpuestos y de figuras yuxtapuestas, convida los empeños de un gobernante, aquejado de condición fantasmal, por dotarse de carne y huesos, sin poder jamás mondar la cáscara de los adjetivos. Aceves Navarro lo sabe muy bien y por ello titula algunos engranajes de su mecanismo pictórico como: *Felipe II el aceptante*, *Felipe II el estirado*, *Felipe II el incendiado*, *Felipe II el constructor*, *Felipe II el ilustrado*. Incluso su inmovilidad y su distancia quedan magnificadas cuando se le fija en una especie de portaobjetos, el soporte de los propios cuadros, cual si fuese un “ente observable”, así las telas *Felipe II según lo vio la reina*, *Felipe II según lo vio Cezanne*, *Felipe II según Tiziano* o *Felipe II según los flamencos*. Retratos simbólicos que forman la materia prima de un expediente clínico: el del sujeto ambiguo que salvaguardara cánones y liturgias y, de trasmano, coleccionara piezas de seres sospechosos de herejía. Osadía de la deformidad que, festejada, funciona como crítica de un estilo histórico y como menosprecio de un puritano.

Aceves Navarro pareciera disfrutar los tintes monstruosos del vencedor de la Batalla de Lepanto (7 de octubre de 1571). Ahonda en sus misterios y recovecos, explota sus deformidades y obsesiones, proyecta y recrea sus deseos incumplidos. Piénsese tan sólo en la secuencia de nueve fases de *Felipe II en el burdel*: visitas púdicas y timoratas, emprendidas prácticamente a ciegas y dándole la espalda a sus corresponsales eróticos. La sorpresa ante el placer eludido —¿cancelado?— se presenta como un metamotivo de la composición. Un rey carente de pasiones termina reducido a la calidad de ser sin atributos. Quizá por ello, y pensando en los años de su formación, Henry Kamen² ha sentenciado más que escrito: “Como alumno, el príncipe no era ni un modelo ni, mucho menos, sobresaliente. Su manejo del latín siempre fue regular, su estilo literario, en el mejor de los casos, mediocre, y su caligrafía siempre generalmente deficiente. Educado como un humanista, nunca llegó a serlo”, ello a pesar de los esfuerzos de su preceptor Juan Martínez Siliceo y de su ayo Juan Zúñiga.

Sin duda, la ambivalencia regia seduce a nuestro pintor. De una parte, rigor y solemnidad, poder y gestualidad religiosa; de otra, vulgaridad y conciencia atormentada, apetitos y prohibiciones. La personalidad en construcción permanente, en debate consigo misma, define en mucho el interés de Aceves Navarro por Felipe II: el imán del fantasma y su desastre. Jurado como heredero en Castilla el 10 de mayo de 1529 y coronado en 1556 por abdicación del padre, encontró en la privanza de fortuna a su mimesis. Desde su nacimiento (1527) se anunciaron, en paralelo, los síntomas de la mala suerte: el saqueo de Roma por las tropas imperiales. Después, la contienda entre los más allegados: la fracción encabezada por el duque de Alba contra la camarilla del príncipe de Éboli que a su muerte comandará Antonio Pérez. Los dolores de la viudez repetida y las dificultades de la paternidad. Las guerras contra el Turco, Francia y los Estados pontificios. Las rebeliones de los Países Bajos y de los moriscos granadinos. Y, muy especialmente, el fracaso de la invasión de Inglaterra con la derrota-hundimiento de las naves de su flota, caos que origina los temas eslabonados de los *Naufragios* y de *Las lloronas de la Armada Invencible*. Obstáculos, retos y problemas que lo acompañarán hasta su muerte, ocurrida, entre ataques de gota y de artrosis, a las cinco de la madrugada del 13 de septiembre de 1598.

Opulencia trágica —la del reinado de Felipe II—³ que conquista la sensibilidad de Gilberto Aceves Navarro. Y lo hace sacando provecho de las virtudes del artista, pues éste demuestra —sin freno— su voluntad demoledora de los modos formales, vacíos y banalizados por el deterioro del tiempo. En su proceso creativo recupera la fascinación por las estructuras de la materia y los estados embrionarios —arcaicos— de la vida.⁴ La suya en una pintura excepcionalmente vital, capaz de actualizarse sin descanso, sin

concesión. Se trata de la abolición del mundo condicionado, de la aniquilación del automatismo modernizante y del espíritu servil que le corresponde. Comprueba que la experiencia de lo imaginario, la reconstrucción conjetural de la realidad, no es en sí misma y por principio irreal. A propósito de semejante proceso de enunciación signica, Sergio Fernández (1980) ha escrito pensando en los autorretratos del pintor, y que resulta aplicable en este caso: “Manchas y manchas forman la figura. Es húmeda, es triste, es pensativa, es a compás de fuga. Más que de colores, podría hablarse de objetos oscilantes que, en plena podredumbre, los expulsan”.

Desolación inmisericorde, eso que Jorge Alberto Manrique ha denominado con razón “una atmósfera fantasmagórica que es propiamente su estilo”, que abre en canal a los personajes que moran atrevidos en su geografía, que desgarran los escenarios multiformes de su succulenta gramática: suma de gestos y de signos en rotación que buscan afanosamente mover el ánimo del espectador, a quien se reconoce como compañero de travesía y cómplice.

1 Carlos Blas Galindo ha señalado: “Arriesgarse constantemente. Ser genuino. Sobrepassar sus logros. No reiterar soluciones pero tampoco acatar limitantes exógenas; ni del mercado, ni de la crítica, ni de la gente de museos ni de la moda. Ni siquiera las que tienen su origen en acuerdos —ya tácitos, ya explícitos— que realicen los propios artistas. Y esto, incluso cuando con la obra de algunos de ellos mantenga coincidencias de estilo”: “Gilberto Aceves Navarro, continuidad evolutiva”, en Universidad de México, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1997, núm. 562, noviembre, pp. 31-38.

2 Véase *Philip of Spain*, New Haven, Yale University Press, 1997, 412 pp. y 32 ilustraciones.

3 Véase de J. H. Elliot, *The old world and the new, 1492-1650*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970, 120 pp.

4 Véase de Mircea Eliade, “Permanencia de lo sagrado en el arte contemporáneo” en *El vuelo mágico y otros ensayos*, edición y traducción de Victoria Cirlot y Amador Vega, Madrid, Ediciones Siruela, 1995, pp. 139-146.

Luis Ignacio Sáinz. “El Fantasma y su desastre. Felipe II y la Armada Invencible en la percepción de Gilberto Aceves Navarro”. Texto para el catálogo de la exposición *Felipe II y la armada invencible*. Galería Metropolitana, Universidad Autónoma Metropolitana. México D.F. noviembre-diciembre 2001. pag. 4, 6, 9, 12, 15, 18 y 23

